

SERMON TERCERO.

De la autoridad moral é infalible de la Iglesia.

Hemos empezado estos sermones probando la necesidad de una Iglesia docente, y examinando despues la constitucion de esta misma Iglesia fundada por Dios para enseñar á los hombres. Volviendo hoy á nuestro punto de partida, es decir, al fin para el que la Iglesia ha sido fundada, notaremos que nadie tiene derecho de enseñar, si no está cierto de lo que enseña, y que nadie tiene derecho de exigir que se crea lo que enseña, si no es infalible. Entre la certidumbre y la infalibilidad hay una gran diferencia, y es que la certidumbre consiste en no engañarse en un caso dado, mientras la infalibilidad consiste en no poderse engañar nunca. La certidumbre es la relacion actual de la inteligencia con una verdad, y la infalibilidad es la relacion perpetua de la inteligencia con la verdad. La certidumbre forma una parte de los medios y de los derechos del hombre que raciocina, porque sin la certidumbre no seria la inteligencia mas que una vasta duda; pero la infalibilidad no pertenece al hombre ni al conjunto de los hombres, porque la ignorancia y las pasiones vienen de continuo á interponerse entre su entendimiento y la verdad; de donde se sigue que no pueden descubrirla ó permanecer en relacion con ella universal y perpetuamente. Todo lo que pueden hacer los hombres cuando enseñan es tener certidumbre, y así no pueden exigir fe á su enseñanza, es decir, una adhesion pura y sencilla del corazon y de la mente á su palabra; porque no siendo esta infalible, falta siempre ver si se engañan ó si aspiran á engañarnos. Por el contrario, cuando una autoridad es infalible, basta conocer lo que enseña para estar en el derecho y en el deber de darle fe. Pues bien, la Iglesia católica, instituida por Dios para enseñar al género humano, á la vez está cierta y es infalible: cierta de la verdad de su institucion por Dios; infalible en el depósito de la fe cuya propagacion é interpretacion le fueron confiadas. Está á la par cierta y es infalible, porque si solo fuese infalible, su autoridad descansaria en un círculo vicioso, es decir, invocaria en favor de su infalibilidad su infalibili-

dad misma; mientras que apoyada en la certidumbre racional y moral de su institucion divina marcha de una en otra luz, de la luz natural á la luz sobrenatural, de la certidumbre á la infalibilidad para retroceder en seguida por reflexion sobre sí misma de la infalibilidad á la certidumbre.

Ya hemos visto, Señores, ó mas bien entrevisto que la Iglesia posee la mas alta certidumbre racional, puesto que se apoya en las ideas, en la historia, en la sociedad y en las costumbres con una fuerza de que no dispone ningun otro cuerpo dedicado á la enseñanza, fuerza que le asegura el imperio de la persuasion en la tierra. Solo nos falta tratar de su certidumbre moral y de su infalibilidad.

La certidumbre ó la autoridad moral de un cuerpo *docente* resulta de tres condiciones, que son para él mismo y para aquellos á quienes enseña la prueba de que está en relacion con la verdad, y de que la dispensa con exactitud y con respeto. Estas tres condiciones son la ciencia, la virtud y el número.

La ciencia es la primera condicion de la certidumbre ó de la autoridad moral; porque ¿cómo es posible estar cierto de lo que no se conoce, y conocer lo que no se sabe? Por el contrario, cuando se sabe y cuanto mas se sabe, mayor garantía tiene uno para sí y para los demás de no ser engañado. La ciencia es el ojo que mira, que escudriña, que compara, que reflexiona, que busca la luz y se apodera de ella, que añade á los siglos pasados el peso de los siglos nuevos, y centinela paciente del tiempo arranca paulatinamente al universo sus eternos arcanos. Si no mereciese crédito alguno la ciencia laboriosa y perseverante, seria preciso desesperar de la verdad, y nunca, Señores, entrará la desesperacion por nada en las palabras que broten de mis labios. La ciencia es indisputablemente título, aun cuando no baste por sí sola á fundar la autoridad moral de una enseñanza. Ahora bien, la Iglesia posee la ciencia, ha nacido en la ciencia, ha salvado la ciencia, ha luchado contra la falsa ciencia, y es bajo cualquier aspecto un cuerpo depositario de la ciencia.

Posee la Iglesia la ciencia de lo que enseña; no obra por una fe ciega, sino por una fe fundada, como hemos visto en el segundo discurso, en las ideas generales mas elevadas, en monumentos históricos de la mas remota antigüedad y de la autenticidad mas segura, en la experiencia del influjo venturoso y civilizador que ejerce en el mundo, y por último, en una tradicion y en un conjunto de hechos de todas clases que explora y ensancha de continuo con sus

trabajos. Si hay en alguna parte ciencia, estudio, experiencia, es seguramente en una sociedad donde representa tan insigne papel el desarrollo de todas las fuerzas del entendimiento, y que ha poseído desde el origen de las edades, y especialmente desde Jesucristo, innumerable multitud de varones esclarecidos, que han llenado el mundo con su palabra y con sus escritos.

Y ¿cómo no había de ser sabia la Iglesia? Había nacido en la ciencia, en uno de los siglos mas brillantes que recuerda la historia, en el siglo de Augusto, precedido por otros que habían elevado hasta la perfección las letras, las artes y la filosofía, á fin de que nunca se dijese que el cristianismo había nacido entre sombras. Recibíónos la ciencia en la cuna, nos vigiló, nos estudió, nos combatió, nos dió defensores entre aquellos filósofos cuyo destronamiento habíamos consumado, y muchos de los cuales rindieron á Jesucristo el triple testimonio de su genio, de su saber y de sus errores. Después cuando la invasión de los Bárbaros amagó extinguir la ciencia en Europa, ¿quién la salvó del naufragio? ¿Quién preparó nuevas naciones, dignas de poseer la verdad? ¿Eran vuestros padres? ¡ Ah! ¡ vuestros padres blandían la espada, la espada ayer, la espada mañana, la espada siempre! Ved aquí cuál era vuestra herencia, hombres tan orgullosos hoy de vuestro saber, sin que por ello os censuremos. Allí estabais, en la persona de vuestros mayores, formando una barrera armada contra la cual venían á estrellarse las nuevas invasiones, y un inmenso cuadro europeo para proteger en el exterior lo que en el interior se desarrollaba. Entre tanto nosotros, pacíficos y laboriosos, en la persona de nuestros mayores reconstruíamos la ciencia sobre las ruinas del saber antiguo, á fin de que pudieseis heredarla algun día, para que hallando la verdad un siglo digno de ella no mandase á esclavos, sino que brillara en un imperio fundado sobre la legítima convicción de los entendimientos. Vino esa edad que habíamos preparado; vino, y la ciencia, hija ingrata y desnaturalizada, transmitida apenas de nuestras manos á las vuestras, se rebeló contra nosotros y nos acusó; á nosotros, que habíamos trabajado en su obsequio quince centurias, á nosotros, que la habíamos acogido nuevamente cuando libertándose ensangrentada de la cuchilla de Mahoma se había refugiado acosada y perdida bajo la púrpura de nuestros papas. Y ¿qué hicimos entonces? ¿Nos rebelamos contra la ciencia ó nos sometimos á su yugo? Ni lo uno ni lo otro: la resistimos, nos opusimos como un muro de bronce, no contra ella, sino contra sus extravíos; y hoy hijos de la ciencia, salvadores de la

época no menos gloriosa para la Iglesia, época en que reconociendo la ciencia la vanidad de sus esfuerzos contra nosotros, vendrá á buscarnos á nuestros templos, y á ofrecernos el ósculo de reconciliación y de justicia de que nos es deudora.

Es, pues, la Iglesia un cuerpo sabio; y conviene añadir, que este carácter no pertenece en tan alto grado á ninguna otra autoridad religiosa. Fuera de la Iglesia hallamos ante todo la enseñanza de las religiones no cristianas; ¿llevan estas por ventura el sello de la ciencia? La ciencia encerrada en las castas sacerdotales de la India, del Egipto y de la Grecia, no se manifestaba exteriormente; era un secreto sin carácter científico. La religion mahometana ofrece un ejemplo parecido. El Alcoran no es mas que un plagio de la Biblia; Mahoma solo ha atacado un corto número de puntos del cristianismo, el misterio de la Santísima Trinidad y la divinidad de Jesucristo; ha reconocido la unidad de Dios, la creación del mundo, como también toda la serie histórica de hombres inspirados, Adán, Noé, Abraham, Moisés. Hirió al cristianismo, es verdad; pero ¿cuál fué en el instante la venganza de este atentado? Su religion ha sido condenada á no ser mas que una religion no cristiana; había querido echar la piedra angular del edificio, y la piedra angular ha caído sobre su cabeza; pesa la ignorancia sobre su nación, esa nación cuyos emisarios vienen hoy á mendigar una pequeña parte de nuestra ciencia, homenaje magnífico que Dios les hace rendir á la superioridad de los pueblos cristianos. Vanamente adoptan trajes europeos, en vano da el Sultan festines á la europea..... Pesa sobre ese territorio la maldición de la ignorancia. Los naturales han negado á Jesucristo, y solo con Jesucristo aparecerá entre ellos la ciencia.

¿Queréis considerar las herejías cristianas? En su mayor parte poseen todavía la ciencia: esas sectas viven en comarcas honradas con el culto de las letras y de las artes, porque no han negado á Jesucristo. Pero, admirad otro prodigio: esa ciencia que nos conserva la unidad y vive con ella como hermana, ¿qué hace entre las sectas? Devora la religion, y hace lo que ha hecho siempre con las herejías. Al separarse estas de la Iglesia, han llevado la ciencia bajo su manto, si bien la ciencia ha hecho lo que el acero, que gasta la vaina; la vaina no tenía bastante firmeza, y nunca han vivido las herejías mas de tres ó cuatro siglos. La ciencia es para ellas como un océano borrascoso que asalta, se retira y vuelve, hasta que arrastra los continentes á un vasto y universal naufragio. El protestantismo ha

llegado hoy á esa era fatal; empieza su cuarto siglo, y con su cuarto siglo empieza su ruina, que ya descubren los hombres previsores, y que apenas se oculta á los frívolos y preocupados.

De consiguiente la ciencia, primera condicion de la certidumbre ó de la autoridad moral, pertenece exclusivamente á la Iglesia católica; no la poseen las religiones no cristianas, y las sectas separadas encuentran en ella su ruina y destruccion.

Pero aun cuando la ciencia sea uno de los caractéres de la certidumbre moral, no es suficiente para llegar al grado de fijeza que es prueba irrecusable de la verdad. La ciencia es un poder del entendimiento; pero existe en el hombre un poder todavía mas grande, y es el de la voluntad. Allí reside el libre albedrío, resorte principal de nuestras acciones, y que impera sobre el entendimiento hasta el punto de hacerle ver lo que no existe, y entretenerle con las mas lamentables ilusiones. La ciencia es entonces un vano remedio contra el error; avasallada por la voluntad se presta al servicio de sus pasiones, y hasta de la luz abusa contra la verdad misma. En una palabra, el hombre puede corromper la ciencia, segun la frase de Bacon, y por eso necesita una garantía de que llenará su deber correspondiendo á su destino; el hombre necesita de un medianero incorruptible entre el entendimiento y la voluntad, y ese medianero lo habeis nombrado, Señores, es la virtud: porque la voluntad no convierte la ciencia en ilusion, sino en provecho de los sentidos y del orgullo; y siempre que la virtud corrige á la ciencia, y la ciencia ilustra á la virtud en una misma alma, se forma en ella una luz semejante á la del cielo, y tan cercana á la perfeccion como puede el hombre apetecer.

Ahora bien, Señores, la Iglesia no solo posee la virtud como medianera entre el entendimiento y la voluntad, como un aroma extraño que purifica la ciencia, sino que tambien es una virtud su misma doctrina: no son puras especulaciones las verdades que la componen, sino verdades que envuelven una multitud de consecuencias morales harto terribles para la naturaleza. La cruz, el desprendimiento de sí mismo, la penitencia, tal es el fin del cristianismo, el resultado de su accion perseverante. Ser crucificado con Jesucristo para vivir con Jesucristo, es lo que la Iglesia predica incesantemente en todas las enseñanzas, por todos sus simbolos y todas sus ceremonias; lo cual equivale á decir, que se halla en contradiccion constante con el mundo y con la naturaleza corrompida. Si es una virtud admitir las verdades que la Iglesia anuncia, aunque no se

practiquen, ¿qué será admitirlas para practicarlas? No somos, pues, académicos que elaboran en el silencio del gabinete descubrimientos útiles á los goces de la humanidad, y en seguida los llevan fastuosamente al centro de las asambleas públicas, donde los aplausos, las recompensas y las distinciones les resarcen de sus trabajos y vigili-
lias; no, Señores: cuando nosotros traemos la verdad á los hombres, brota de un corazon destrozado, viene del pié de la cruz; esa verdad dice que el corazon del hombre es un abismo, y que conviene purificarlo con una austera penitencia; emana de la sangre y pide sangre, y si estuviérais tentados á poner en duda su pureza, os responderia: ¿Cómo no he de ser pura, si he nacido crucificada?

Dirijamos ahora la vista sobre las religiones no cristianas, y sobre las sectas cristianas; ¿poseen este segundo carácter de la certidumbre moral? Ya sabeis lo que son las religiones paganas, religiones de placeres, no menos que de ignorancia. Conoceis tambien á Mahoma: al mismo tiempo que hacia imposible la ciencia, destruía la moralidad, y legaba á sus discípulos costumbres infames, y esperanzas eternas tan infames como sus costumbres. Si pasamos á las sectas cristianas, hay bienes en su seno, solo porque conservan alguna relacion con Jesucristo; sin embargo, su virtud no es, como la de la Iglesia, una virtud de sacrificio. La virtud católica destruye el orgullo en su raíz, mientras que el protestantismo la fomenta dando gran valía al juicio privado del hombre. Aduzcamos un ejemplo para mayor claridad. Existe un imperio en Europa que cuenta por lo menos setenta millones de hombres; sus pueblos son cristianos y no se diferencian de nosotros mas que por haber roto el vínculo de la unidad, pues la cuestion sobre el dogma entre ellos y nosotros es casi insignificante. Este imperio encierra dos elementos, el uno civilizado, y el otro barbaro, con admirable fuerza; la nacion es naturalmente piadosa: y no obstante con sus setenta millones de almas, con sus recursos de civilizacion y de barbarie y con todo su cristianismo, el imperio ruso no ha podido producir aun una hermana de la caridad; ni con él, todas las potencias protestantes juntas! Y ¿cuál es la causa? Consiste en que para amar hasta cierto grado, se necesita una fe profunda, no basta una razon que sepa discutir, sino que tambien se necesita adorar, abismarse, anonadarse; y los protestantes, con su virtud de hombres honrados, nunca llegarán á concebir el amor en todo su entusiasmo. Se censura á nuestros santos de haber sido insensatos: ¡oh! sí, habian perdido el juicio. Pero ¿acaso se puede amar sin frenesí? Amar es inmo-

larse, es estimar la vida de aquel á quien se ama dos mil veces mas que la suya propia; es preferirlo todo, los tormentos, la muerte, antes que herir en el fondo del corazon á la persona amada. ¿ No hay en esto frenesí? Acordaos de aquellos soldados que en tiempos muy cercanos de nosotros iban sin pan y sin zapatos á batirse á la frontera, y morian contentos gritando en su postrer suspiro: ¡ Viva la república (1)! Tambien aquello era entusiasmo; pero de aquel entusiasmo sublime que funda y salva las naciones, y que ennoblece y subiendo de punto en el Calvario, en la persona de un Dios, ha reconstruido y libertado al mundo. Este noble entusiasmo, transmitido á la Iglesia católica, perpetuará en ella hasta el último dia, con el entusiasmo de la virtud, el esplendor de la autoridad.

El tercer carácter de la certidumbre moral es el número, no el número considerado materialmente, sino el número agregado á la ciencia y á la virtud; porque es evidente que cuantos mas hombres sabios y virtuosos estén agregados en torno de una doctrina, menos cabida tienen la debilidad humana y la sospecha. Pues bien, el número está tambien de parte de la Iglesia: no la componen unos cuantos hombres que no pertenecen á las clases vulgares, ni podrían ser entendidos por ellas, formando en la humanidad una especie de colegio privilegiado. La Iglesia, aunque solo hablemos de la docente, abraza una considerable multitud de hombres de todos los países y de todas las condiciones, á los cuales hay que agregar un gran número de individuos de la Iglesia enseñada que poseen tanta ciencia y tanta virtud como los miembros de la Iglesia docente, y que rinden testimonio á la verdad católica con sus luces y sus acciones. Entre estos deben comprenderse tambien aquellos hombres que, siendo menos ilustrados, atestiguan sin embargo con su adhesión la misma verdad, manifestando que se amolda á todas las naturalezas, á todos los entendimientos y á todos los corazones.

¿ Qué enseñanza humana podria compararse con la enseñanza de la Iglesia, y jactarse de poseer en tan alto grado la ciencia, la virtud y el número? Las religiones no cristianas no tienen la ciencia ni la virtud, y si se glorian de su número, es un número sin valor, puesto

(1) El orador se vale de este recuerdo nacional tan glorioso para los Franceses, con el fin de captarse el asenso de su auditorio en obsequio de las verdades que predicaba. Si el entusiasmo humano ó político produjo en Francia aquellos rasgos de heroísmo que insinúa el orador tan hábilmente, ¿ qué no podrá producir en la Iglesia el sublime y celestial entusiasmo de la virtud y de la religion? Este es el pensamiento del P. Lacordaire.

(J. G.)

que no arrastra en pos de sí mas que una multitud de ignorantes y viciosos. Las sectas cristianas poseen la ciencia; pero es una ciencia que las devora, y tarde ó temprano las hace espirar en el racionalismo, á no ser que se preserven de la disolucion, como los Griegos, formando con su herejía el sepulcro de la cultura del entendimiento. Poseen tambien alguna virtud, pero una virtud mediana, que nunca podrá consumir los inmensos sacrificios de la caridad y del apostolado; y en cuanto al número, ni aun vestigio les queda, especialmente á los protestantes, pues en virtud del juicio privado cada uno de estos tiene su pensamiento personal, y á pesar de la comunidad del nombre y de la apariencia de una asamblea, un protestante permanece siempre solo y aislado. Por el contrario, la Iglesia es un cuerpo sabio, cuya fe no puede ser alterada por la ciencia; un cuerpo virtuoso, si bien de una virtud no humana, que lleva la propia abnegacion hasta el heroísmo de la pobreza, de la castidad y del martirio voluntarios; un cuerpo inmenso, cuyas proporciones colosales y múltiples se enlazan en la unidad mas estricta á la unidad que forma el número por excelencia, y en la que los antiguos filósofos constituian fundadamente el principio de las cosas. ¿ Dónde se encuentra una autoridad mas insigne, y por consiguiente una certidumbre moral mas elevada? ¿ Opondremos á ella, en otro orden de ideas, la autoridad y la certidumbre de las matemáticas? Esta ciencia tiene sin duda en su favor una perfecta evidencia intelectual; pero, extraña á la voluntad, y cultivada por un pequeño número de sabios, se halla infinitamente en menos relaciones que la enseñanza de la Iglesia con todas las necesidades de la humanidad, poseyendo solamente una clase de pruebas que bastan, no obstante, para elevarla al grado de certidumbre de que necesita para obrar sobre el entendimiento humano, y cumplir fielmente su destino. Si nadie las niega, consiste en que nadie tiene interés en negarlas, porque solo tocan al cerebro, sin que den de rechazo en el corazon. Pero la Iglesia es la cabeza, es el corazon, es el hombre, es el centro y la circunferencia; es como un lienzo tendido de polo á polo, donde vienen á encontrarse todos los intereses y todas las pasiones; como un reloj inflexible que vibra la hora verdadera de las cosas en todo instante de la duracion, y en todo punto del espacio. ¿ Por qué se extraña que tenga enemigos? La negacion misma que de ella se ha hecho, ¿ no fortifica la prueba de la adhesión que merece, testificando su imparcialidad y su necesidad?

Cuanto mas vive la Iglesia, mayor lustre y vigor adquieren los